

Válida, "la ley de Hierro de la Oligarquía"

Solidaridad Auténtica, Imposible

- ★ Abismo Insalvable Entre Gobernantes y Gobernados
- ★ Se Pierde con el Tiempo la Comunidad de Intereses
- ★ El Ejercicio del Poder Perpetúa las Distancias

LORENZO MEYER

La solidaridad verdadera, sostenida y permanente, entre gobernantes y gobernados —entre quienes tienen poder y los que no lo tienen— no es posible ni aquí ni en ninguna otra sociedad compleja.

La razón es clara y se puede expresar con ejemplos: quien decide el monto del salario mínimo nunca tendrá que vivir de ese salario. Los responsables de la educación pública de las masas no envían a sus hijos a escuelas públicas sino a las privadas. Quien está al frente de los grandes proyectos de vivienda popular no vive en una casa de "interés social". El encargado del transporte público viaja en un auto individual y lo maneja un chofer. La lista de contradicciones entre la forma cotidiana de vida de gobernantes y gobernados puede ser muy larga, y es justamente uno de los factores que hacen imposible una auténtica solidaridad, pues se trata de una contradicción insoluble.

Pese al hecho anterior, resulta que el de solidaridad

Solidaridad Auténtica, Imposible

Sigue de la primera plana

es hoy uno de los conceptos claves del discurso político oficial. Se trata, sin duda, de un concepto atractivo pero muy problemático si se le emplea como argumento para justificar el ejercicio del poder. En su origen, solidaridad es un concepto del derecho romano (*insolidum*), y que se refiere a un tipo de relación contractual entre dos o más individuos y según el cual lo que uno de ellos decida o lleve a cabo obligará a los demás frente a terceros. Obviamente no es a este sentido del término al que se hace referencia en el discurso político actual.

Solidaridad tiene también una historia teológica, y uno de sus sentidos en este ámbito es el deber de la "caridad", tanto con los amigos como con los enemigos. Explicítamente se ha negado que la idea oficial de la solidaridad tenga que ver con la caridad.

Al gobierno no le interesa la idea de la solidaridad en su aspecto jurídico ni teológico, sino en el político. Y es precisamente en este campo donde surge el mayor problema. De acuerdo con el análisis de Angel Sánchez

de la Torre que aparece en el Diccionario de la U.N.E.S.C.O. de Ciencias Sociales (T. IV, Ed. Planeta, 1987, p. 2127), "El término de solidaridad suele ser empleado por los dirigentes políticos totalitarios o autoritarios, para encubrir la efectiva ausencia de participación de los ciudadanos en las decisiones políticas efectivas". Seguramente que quienes originalmente decidieron introducir el término solidaridad en el centro del discurso actual del poder, no tuvieron conciencia del pasado histórico del concepto ni de lo cercano que tal pasado lo ponía en relación a ciertos aspectos de nuestra realidad actual, aspectos que son justamente los que el uso de la solidaridad en el discurso oficial no desea subrayar sino ocultar.

Seguramente quienes sugirieron a los que hoy nos gobiernan la conveniencia de englobar su programa de ataque selectivo a la pobreza (Pronasol) bajo el concepto de solidaridad no pensaron sino en un uso muy reciente del término, ese que arranca en Polonia con el éxito del sindicato "Solidaridad". De ser efectivamente ese es el

caso, entonces es muy probable que se hayan inspirado en una definición sencilla de solidaridad, como la que aparece, por ejemplo, en un diccionario escolar (Thorndike & Barnhart), y que sin mayores complicaciones define la solidaridad como la unidad o camaradería entre individuos que surge de la comunidad de intereses y de responsabilidades. Esta definición va bien con el uso cotidiano del concepto por parte de nuestro gobierno, pero desafortunadamente resulta muy irreal para México.

La solidaridad entre los miembros de un mismo grupo —los obreros de los astilleros polacos, por ejemplo— puede ser difícil pero es posible. Sin embargo, una relación de solidaridad en una sociedad compleja entre los pocos que ejercen el poder y los muchos que son objeto de ese poder es realmente imposible. Y así lo mostró de manera contundente hace 79 años un joven sociólogo alemán: Robert Michels, autor de lo que se conoce como "la ley de hierro de la oligarquía". Ley que enunció como resultado de su estudio sobre los partidos políticos. Esta ley, válida, en todo tiempo y lugar, se puede resumir en las propias palabras de Michels, y que son éstas: "Es la organización la que da origen a la dominación de los elegidos sobre quienes los eligieron, de los mandatarios sobre los mandantes, de los delegados sobre los delegantes. Aquel que dice organización dice también oligarquía".

Michels concluyó lo anterior después de estudiar lo que se suponía en su tiempo la organización más comprometida con la democracia y la solidaridad que nace de la Igual-

dad: los partidos socialistas europeos. Descubrió que independientemente de los valores y objetivos igualitarios, toda organización compleja, toda burocracia, termina por imponer sus intereses particulares e ilegítimos sobre los de aquellos a los que dice servir pero de los que en realidad se sirve. Eso ocurre en los partidos políticos, en los sindicatos, en las iglesias, pero sobre todo y desde luego, en la organización burocrática más grande de todas: en el Estado-nación moderno.

La razón por la cual los intereses de dirigentes y dirigidos a la larga son distintos —hasta llegar a ser opuestos— es tan clara como inevitable. Todo dirigente —incluso cuando se trata de un auténtico demócrata— al desempeñar las responsabilidades y usar las prerrogativas de su cargo desarrolla inevitablemente intereses propios y distintos de los del grupo que le confió el poder y al cual dice representar. El líder —sea el secretario de un sindicato, el dirigente de un partido, el líder de una iglesia o, sobre todo, el jefe de un Estado— más temprano que tarde desarrolla una manera de vida cotidiana que es distinta, superior, a la de aquellos en los que teóricamente reside la soberanía y que son, también teóricamente, los mandantes. Salvo excepciones muy escasas, uno de los objetivos centrales de cualquier líder y de su círculo inmediato es no volver al sitio y circunstancias de las que salieron, sino prolongar hasta donde sea posible su permanencia en el puesto de mando y, cuando eso ya no sea posible, asegurar la continuación de su forma superior de vida.

El ejemplo del senador romano Lucio Quinto Cincinato, quien después de recibir poderes dictatoriales para derrotar al enemigo y cumplir cabalmente su misión, devolvió esos poderes y se retiró para continuar con sus ocupaciones como candidato privado —agricultor— es una verdadera excepción y precisamente por eso la registra la historia. Rico, pobre o mediano de origen, el líder generalmente, por no decir siempre, termina por seguir una conducta que busca perpetuar la distancia que gracias al ejercicio del poder lo separa de su origen. Para ello tiene a su disposición los recursos económicos, organizativos y políticos de la organización burocrática y, en el caso de los gobernantes, también los instrumentos de la violencia legal.

La solidaridad verdadera, real, efectiva, es decir, la que surge de la comunidad

de intereses y responsabilidades, no puede existir entre gobernantes y gobernados, sea en el capitalismo, el socialismo o cualquier otra forma de gobierno. Las responsabilidades entre unos y otros son enteramente distintas y la comunidad de intereses, si existe en el origen, se pierden inevitablemente con el correr del tiempo. El interés básico de ese poder es el poder mismo, su ejercicio y preservación.

Un ejemplo de lo anterior, que no por simple deja de contener la esencia de lo dicho por Michels y por el sentido común, lo dan las estadísticas. Si de acuerdo a lo afirmado por Pronasol 50% de los mexicanos viven en la pobreza o la miseria, ¿cómo puede ser solidario con ellos un grupo de gobernantes cuyo origen social son las clases medias altas y que en su vida diaria lo único que comparten con el mexicano común es el aire contaminado? Hace unos cuatro o cinco años, y por estas mismas fechas, me detuve una tarde en una pequeña papelería del barrio de Héroes de Padierna de la ciudad de México: a punto de subir a mi auto me abordó un individuo con todas las características de un trabajador manual y me pidió que lo llevara por el rumbo por donde yo iba, y aunque daba muestras de alegría propias de quien ha ingerido algo de alcohol, acepté la petición. Durante los diez minutos que duró el trayecto, la conversación entre nosotros se centró en una fantasía que parecía dominar de tiempo atrás el pensamiento de mi compañero ocasional: su ferviente deseo de que, al menos durante una semana, el Presidente de la República y su familia vivieran única y exclusivamente con el salario mínimo. Obviamente era un deseo imposible pero ilustraba a la perfección la imposibilidad de la solidaridad efectiva entre el poderoso y los sin poder. Sin haber leído nunca a Michels, ese vecino de Héroes de Padierna sabía muy bien de la existencia de la "ley de hierro de la oligarquía" y soñaba, borracho y rencoroso, con romperla.

Para concluir: aunque la auténtica solidaridad sólo sea posible en comunidades pequeñas y homogéneas y no en sociedades completas como la mexicana, es mejor que exista Pronasol a que no exista. Después de todo, bien manejado, ese programa podría resultar de utilidad a los menos afortunados que son muchos, pero que nadie se engañe: entre el Pronasol y la verdadera solidaridad hay un abismo insalvable.